

los tiranos atormentaron á los santos mártires, si no se pueden llevar en paciencia las imperfecciones, ni aun las perfecciones de nuestros hermanos? Llevo todos mis trabajos con invencible constancia: no hay persecucion tan grande que haga titubear mi firmeza: estoy lleno de gozo en medio de las adversidades; pero me aflige la prosperidad ajena, me causan sentimiento los felices progresos de mi prójimo; pues *nihil sum*. Toda mi aparente virtud, toda mi postiza paciencia es como nada. Tengo especial gusto en hacer con los pobres los mas humildes oficios, me humillo y me desprecio á mí mismo sin que me cueste trabajo; pero siento no sé qué secreta complacencia en ver humillados á los otros: pues *nihil sum*. Todas estas esterioridades son engañosas, todo es falsa apariencia de virtud, todo es hipocresia. Nunca midas tu virtud sino por la regla de la caridad. Desde este mismo punto has de tomar una fuerte resolucion de sobresalir, mediante la divina gracia, en el ejercicio de la caridad cristiana, esto es, no solo de visitar, asistir y honrar á los pobres como á hermanos tuyos, sino de usar en adelante con todo el mundo de unos modales dulces, gratos, atentos y cortesanos. Destierra de tí desde luego esos modales altaneros, esos términos injuriosos, esas voces desentonadas y esos desdenes despreciativos, duros y picantes. Trata de ser sumamente delicado en todo lo que interesa la estimacion, el honor y la reputacion ajena. Escusa siempre los defectos del prójimo; compadécete de sus desgracias: alégrate de sus prosperidades: ten con todo el mundo una caridad benéfica, constante y universal. En fin, sea tu amor propio, por decirlo así, la regla de tu caridad, amando al prójimo como á tí mismo.

2 Sea siempre uno de los principales puntos de tu exámen este precepto tan preciso de la caridad. Acordándote del extraordinario zelo y de la inmensa caridad de S. Paciente, pide al Santo que te alcance de Dios esta virtud tan importante. Fué su carácter la caridad pura, infatigable, benéfica y universal: pídesela al Señor por intercesion del Santo.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

LA CONMEMORACION (si este dia fuere domingo de la octava de la Natividad se dice, LA FIESTA) DEL SANTÍSIMO NOMBRE DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA, que el papa Inocencio XI mandó celebrar todos los años en el domingo de la infraoctava de la misma Virgen Maria, por

la esclarecida victoria que por su intercesion consiguieron los cristianos contra los turcos que tenían sitiada la ciudad de Viena en Austria, haciéndoles levantar el sitio. (*Su historia se lee en las del dia 9 de este mes.*)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES HIERONIDES, LEONCIO, SERAPION, SELESIO, VALERIANO Y ESTRATON, en Alejandria; los cuales por la confesion del nombre de Jesucristo fueron sumergidos en el mar imperando Maximino. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SAN AUTONOMO, obispo y mártir, en Bitinia; el cual huyendo de la persecucion de Diocleciano, como convirtiese allí muchos á la fe, enfurecidos los gentiles contra él, lo mataron en el mismo altar cuando estaba diciendo misa, quedando hecho hostia de Jesucristo.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MACEDONIO, TEODULO Y TACIANO, en Mera en Frigia; los cuales en tiempo de Juliano el apóstata y por orden del presidente Almaquio, despues de padecer otros tormentos, tendidos sobre unas parrillas en las ascuas, consumaron el martirio llenos de regocijo.

SAN CIRONOTO, obispo, en Cogni en Licaonia; el cual siendo degollado en tiempo del presidente Perennio, alcanzó la palma del martirio.

SAN JUVENCIO, obispo, en Pavia, del cual se hace mencion el dia 8 de febrero. Este fué enviado á aquella ciudad por S. Hermágoras, discipulo del evangelista S. Marcos, juntamente con S. Syro: y ambos predicando allí el Evangelio y resplandeciendo en eminentes virtudes y milagros, ilustraron con sus obras sobrenaturales aquella ciudad y las inmediatas, y gozando ambos de la alteza del obispado, descansaron en paz.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN SACERDOTE ó SADRUC, obispo, en Lion

SAN SILVINO, obispo, en Verona.

SAN GUIDON ó GUY, confesor, en Andrelek. (*Véase su vida en las de hoy.*)

El Calendario del Principado de Cataluña hace hoy mencion de SAN EULOGIO obispo, cuya vida se lee en las de mañana conformándonos con el Martirologio romano.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

LA caridad que se tiene en la Iglesia con los muertos siempre es provechosa á los vivos, no solo porque nos granjea amigos en el cielo, cuya proteccion siempre nos puede importar mucho, sino porque conduce maravillosamente para desprender nuestro corazon de este mundo, cuya vanidad y pasajera figura nunca la descubrimos mejor que cuando hacemos oracion por los difuntos.

Aquella triste memoria que se hace de las personas que ya no existen, á quien amábamos tan tiernamente, y eran el dulce objeto de nuestro cariño; de aquellos amigos de nuestra mayor confianza, que eran todo nuestro consuelo y todo nuestro desahogo; de aquellos poderosos protectores y apoyos de la fortuna que comenzábamos á hacer; esta triste memoria, vuelvo á decir, es un soberano remedio para curarnos de las engañosas ilusiones que igualmente encantan el corazón y alucinan el entendimiento.

Cuando se piensa que ya no son, que ya no existen aquel padre y aquella madre que tanto afanaron, que se consumieron, que acortaron su vida por dejarnos los bienes que poseemos, y que las oraciones que hacemos se dirigen á solicitar su descanso; cuando se considera que aquel dulce esposo, aquella tierna y fiel esposa, que era todas nuestras delicias, acabó finalmente su carrera, y sepultada en los horrores de la muerte y en las terribles llamas, destinadas á purificarla, nos pide con dolórosos gritos el sufragio de nuestras oraciones; cuando se nos representan tantos fieles cristianos, que estuvieron vivos y sanos como nosotros, que ocuparon los mismos elevados puestos que nosotros ocupamos, que poseyeron los mismos brillantes empleos que nosotros poseemos, que edificaron las soberbias casas que nosotros habitamos, y que lucieron en todas las ocasiones como nosotros lo lucimos; ¿cómo es posible no pensar que algun día hemos de tener la misma suerte que ellos, que nos hemos de ver reducidos como ellos á no ocupar mas que un asqueroso rincón en una sepultura; que ni mas ni menos como ellos nos hemos de ver despojados de esos ricos muebles, de esos pomposos equipajes, de esas grandes y opulentas herencias, y que como ellos dentro de muy pocos días hemos de tener extrema necesidad de las oraciones de los fieles? ¡Y qué dichosos seremos si nos halláremos en estado de que nos aprovechen como á ellos!

Parece que no es posible hacer oración por los muertos sin pensar tambien en la muerte. Y un pensamiento tan eficaz para desengañarnos de tan falsas brillanteces como nos deslumbran, de tantos mentirosos atractivos como nos encantan; un pensamiento tan propio para quitar todo el gusto á los deleites y á los pasatiempos, ¿podrá ofrecérsenos muchas veces á la memoria sin que produzca algun efecto?

Bien se puede decir que la muerte es la sepultura de las pasiones, y que el pensamiento y la memoria de ella es un soberano remedio. No tienen fuerza las pasiones cuando se las considera como manantial de llantos y de arrepentimientos; á esta luz,

y no á otra, se las mira en la hora de la muerte; ni entonces se acierta ya á comprender como se las pudo mirar de otra manera.

¿Qué reliquias quedan en la muerte de aquellas quiméricas ideas que se formaban del mundo, ni de aquella imaginaria felicidad de que se sustentaban sus secuaces? ¿subsisten por ventura despues de los tristes, de los hediondos despojos de nuestros cuerpos aquellos caprichos de la propia escelencia, aquel prurito de sobresalir, aquellos codiciosos deseos de enriquecerse? ¿perseverarán despues de la universal privación de todas las cosas? ¿ó por lo menos queda alguna memoria que sirva de algun consuelo de todo lo que lisonjeó nuestro orgullo, de todo lo que satisfizo nuestra concupiscencia, y de todo lo que constituyó nuestra soñada felicidad sobre la tierra?

Se piensa, se reflexiona, se medita cuando se está para entrar y para perderse en aquella espantosa eternidad; ¿pero es tiempo de pensar y de disponerse para morir en el mismo punto en que se muere?

En aquel último momento casi se pierde de vista este puñado de días que se vivieron; y si todavía hace el moribundo alguna memoria de lo que fué, es para sentir mas la amargura de lo que va á ser, y de lo que ya es.

Yo era poderoso, poseia grandes tierras, ocupaba ilustres cargos, tenia nobles derechos, gozaba gruesas rentas, estaba en posesion de muchos ricos beneficios, *et solum mihi superest sepulchrum*, y todo se desvaneció ya; de todo no me resta mas que una triste sepultura.

Aquellas magnificas casas, aquellos soberbios palacios, mudas pero elocuentes acusaciones de la vanidad de los mortales, donde se habia juntado lo mas esquisito del arte, lo mas fino, lo mas primoroso, lo mas raro de los países mas remotos; aquellas amenas quintas donde se pasaban días tan alegres y tan divertidos; aquellos muebles de tan subido precio y de tan delicado gusto; aquellos magnificos tocadores, ricos aparadores de las mas curiosas preciosidades; aquel numeroso concurso de cortejantes y de lisonjeros; aquel pomposo y soberbio tren que me hacia tanto honor, todo esto ya se acabó, ya no existe para mí: apoderáronse de todo ello mis herederos; ya son dueños de todo; á mí solo me resta una negra, una horrible sepultura: *Et solum mihi superest sepulchrum!* ¡Oh, y qué propias son para reprimir las pasiones, para templar su infernal fuego estas reflexiones, este objeto y estas verdades bien consideradas! ¡dichoso aquel que no aguarda á la hora de la muerte para aprovecharse de tan poderoso remedio!

En la muerte no hay reflexion que no aflija, no hay objeto que no espante, no hay mirada de ojos, por decirlo así, que no sea una amargura: *In amaritudinibus moratur oculus meus*. Nada se ve que no sea nuevo motivo de dolor. Lo pasado hace llorar, lo presente asusta mirando á la fe, y sobresalta la razon, lo futuro causa horribles espantos. Arrepientese de haber sido lo que fué; pero arrepentimiento muy estéril por lo comun. Se desespera por no haber considerado lo que habia de ser; pero remordimientos entonces sin provecho. Se llora, se padece una congoja mortal por no haber prevenido con frecuentes reflexiones, con una vida arreglada el deplorable estado en que se halla; pero lágrimas tan inútiles como amargas: arrepentimiento que ya llega muy tarde.

¿De qué le sirve ahora á aquel cadáver haber sido en vida un hombre tan estimado por su ingenio, por su dignidad, por sus riquezas, por su clase y por sus empleos? La muerte le acaba de confundir con el mas vil de todos los mortales.

¿De qué le servirá á aquella bizarra dama que acaba de espigar, todas sus galas y toda su bizzarria? Espiró con ella su orgullo, su presuncion, su fiero desden y toda su delicadeza. La unica herencia que ya le resta son gusanos y podredumbre: *Cum morietur homo, hæreditabit vermes*. (Ezech. 12.) ¡Buen Dios, qué de encantos dan en tierra con la muerte!

¿Pero qué es lo que se hace cuando se piensa en la muerte mientras se está en lo mejor de la vida? Anticipar, por decirlo así, al último dia y al último momento aquellas luces vivas y penetrantes; y sin aguardar á que muy á nuestro pesar nos descubra este misterio de vanidad la catástrofe ó el funesto fin de la tragedia, descubrírnosle nosotros á nosotros mismos por medio de estas sanas y saludables reflexiones.

Cuando se representa á los ojos de la consideracion una viva pintura de la muerte, se miran desde luego todas las cosas del mundo á la misma verdadera luz que entonces se han de mirar. Se perciben, y se hace el mismo juicio de ellas que se ha de hacer entonces: conócense por lo que verdaderamente son, frívolas, engañosas y despreciables. Acúsase, repréndese uno á sí mismo por haberse dejado prender de ellas: llora su ceguedad, como la lloraria en aquel último momento; y con una disposicion tan cristiana de corazon y de entendimiento se resfria la pasion, no está tan viva la concupiscencia, es menos hambrienta la codicia y las grandezas humanas: los bienes perecederos, los deleites superficiales se representan á una luz muy amortiguada, con un atractivo lánguido, tibio y medio apagado, sin sentirse ya mas

que un gusto insulso, zozco y nada picante. Así se mira todo esto por entre las sombras de la muerte.

Acuérdate de la muerte, dice el Sabio, y no pecarás, te conservarás inocente: *Memorare novissima tua, et in æternum non peccabis*. (Eccles. 7.) Acuérdate de la muerte, y no te pagarás tan locamente de tí mismo; no serás tan vivo en la defensa de tus derechos, ni tan zeloso de tu autoridad, ni tan sensible en lo que toca á tus intereses, ni tan codicioso en tus ganancias, ni tan arrebatado en tus cóleras, ni tan duro con los demás, ni tan indulgente contigo mismo, ni te mostrarás en todo tan poco cristiano. Acuérdate de la muerte, y tendrás mansedumbre, circunspeccion, urbanidad, moderacion y paciencia: la imágen de la muerte trae, por decirlo así, á la memoria todas estas virtudes.

Con todo eso no se quiere pensar en la muerte; ¿y por qué? ¿se pone acaso en duda que se ha de morir? ¿se tiene seguridad de que se ha de morir bien? Una santa muerte, ¿es obra tan fácil ó tan indiferente? ¿es de tan poca consecuencia, que no merezca el que se piense en ella? De la muerte depende nuestro eterno destino. Son pocos los que mueren bien; ¿pero cómo puede ser otra cosa, siendo tan pocos los que piensan en la muerte?

El pensamiento de la muerte entristece, atemoriza, turba los gustos y los alegres dias de la vida: por eso se procura desviar de la memoria. Bien; ¿mas por qué no se hará lo mismo con todos los demás pensamientos que alteran nuestro sosiego?

Tiènese pendiente un pleito criminal; trátase de los bienes y de la honra de toda una familia ó de la misma vida: si el pleito se pierde, ¡qué dolor! ¡qué desgracia! Solo pensarlo estremece. Mas, ¿por qué no se desviará de la imaginacion ese doloroso pensamiento? ¿por qué nos acompañará siempre y á todas partes? Solo se piensa en el pleito, solo se habla del pleito; no hay dia en la semana, no hay hora en el dia, que no se venga muchas veces á la imaginacion: en la mesa, en las visitas, en el juego, en todas partes nos ocupa este objeto; todos los demás ceden á él. A la verdad no es inútil: se trabaja, se instruye, se solicita, se consulta, se toman todas las medidas que sugiere la prudencia. Este solo negocio se tiene en la memoria, porque este solo está impreso en el corazon. ¿Y qué se diria de un hombre, que teniendo un pleito de esta entidad, no quisiese ni aun oír hablar de él, que procurase desterrarle del pensamiento solo y precisamente porque le altera y le aflige?

¿Será menester hacer la aplicacion, y evidenciar la impru-

dencia, ó, por mejor decir, la locura de los que no quieren pensar en la muerte, solo porque este pensamiento los entristece y los sobresalta? ¿pero ignoramos acaso que en nuestra mano está, con la divina gracia, el quitar á la muerte toda su amargura, llenándola de consuelo, y haciéndola no solo dulce, sino preciosa en los ojos del Señor, y que para esto es gran medio el pensar continuamente en ella? Grande tentacion es el horror que se tiene á un pensamiento tan saludable; y desdichado de aquel que se deja vencer de él. Solo poniendo en duda que todos hemos de morir, puede no ser locura el no pensar en la muerte. Seguramente que si pensáramos en ella en todas las deliberaciones, en todos los proyectos, en todos los negocios y en todo el comercio con el mundo, nos libraríamos de muchos arrepentimientos. Témesse el pensamiento de la muerte, porque se temen los efectos que ordinariamente produce este saludable pensamiento. Si se pensara con frecuencia en la muerte, ya era preciso no ser tan mundano, ni tan divertido, ni tan disoluto; si se pensara con frecuencia en la muerte, ya era preciso no ser ni tan continuo en el juego, ni tan codicioso de ganar, ni tan encaprichado en las vanidades del mundo; ya no se pareceria en el baile, ni se concurriria á todas las partidas de diversion; se pondria un perpetuo entredicho á ciertas concurrencias, á ciertas conversaciones; ni los espectáculos serian ya de nuestro gusto. Si se pensara con frecuencia en la muerte, luego se tomaria el partido de la reforma y del retiro; y esto es puntualmente lo que no se tiene gana de emprender. El pensamiento de la muerte hace al hombre mas cuerdo, y ese hombre todavía no quiere ser mejor.

Pensar en la muerte, y no reformarse, es locura: no pensar en ella por no verse precisado á corregirse, es impiedad. ¡Oh, Señor, y qué desgracia es morir sin haber pensado casi nunca en la muerte!

SAN LEONCIO Y COMPAÑEROS MÁRTIRES.

EN la conmemoracion que en este dia hace el Martirologio romano de S. Leoncio y compañeros mártires, se dice que éstos fueron Hieronides, ó Crónides, Serapion, Selesio, ó Seleusio, Valeriano y Estraton: interesados algunos escritores en el descubrimiento de los lugares de sus respectivos combates, señalan el de Leoncio, el de Crónides y Serapion, en la ciudad de Alejandria, metrópoli de Egipto, en tiempo de la cruel persecucion de Maximiano, donde fueron sumergidos en el mar, atados de



S. GUIDO, C.

pies y manos; pero estraidos prodigiosamente á tierra sin lesion alguna, amonestaron los ángeles á los fieles cuidasen de recogerlos. De Serapion nos dicen los Meneos griegos que en Nicomedia, ciudad de Bitinia, fué amarrado á dos cedros; y dividido en dos partes, consumó su carrera en aquel suplicio. Y de Seleuco y Valeriano escriben que fueron martirizados en Ancira de Galacia.

Las reliquias de S. Leoncio y compañeros se conservan en grande veneracion en el monasterio de Sta. Clara, sito en la villa de Alcaudete, fundado por D. Alonso Fernandez de Córdoba, y su mujer D.^a María de Velasco; las cuales recibió del papa Paulo V en el año 1607 D. Juan Alonso Pimentel, conde de Benavente, quien las dió á su tia la condesa de Alcaudete, y ésta al referido monasterio.

SAN GUIDO Ó GUIDON, CONFESOR.

SAN Guido ó Guidon, por otro nombre *el pobre de Anderlecht*, nació al mundo hácia el fin del siglo XI en una aldea de Bravante, de padres muy pobres, pero temerosos de Dios, que no pudiendo darle otra educacion superior á la humildad de su nacimiento, se dedicaron á criarle en el temor santo del Señor, inspirándole desde la cuna un grande horror al pecado, y una tierna devocion á la santísima Virgen. El bello natural del niño Guido escusó muchos cuidados á los que tenian el de su educacion, porque nunca se le observaron inclinaciones que no fuesen muy cristianas. Consolábale mucho la humildad de su baja condicion aun antes de tener edad para conocer lo que valia; sintiendo siempre especial gusto en aquella humillacion que era inseparable del estado vil y pobre en que habia nacido. Por el grande amor que cobró á la pobreza, luego que entendió que Jesucristo y los apóstoles habian hecho profesion de ella, amaba tiernamente á los pobres, sin que su propia necesidad le sirviese de estorbo para socorrerlos en el modo que podia, repartiendo siempre con ellos lo que apenas le bastaba para su escaso sustento, y destinando para los mismos todo cuanto podia conseguir de su pobre padre.

Siendo todavía niño, se notó en él una maravillosa inclinacion al ejercicio santo de la oracion, hurtando la vuelta á sus padres para retirarse á alguna iglesia. Su dulzura, su docilidad, su modestia, y cierta madurez anticipada en una edad que hace escusables las vivezas y las inocentes intrepideces de los niños, eran ya presagios de aquella eminente santidad que con el tiempo fué su

distintivo y su carácter. La frecuencia y la devota inmovilidad con que se le veía en el templo, tan contraria al natural inquieto y bullicioso de los niños, se dejaban admirar de cuantos la observaban, y no se le conocía por otro nombre que por el del Angel del pueblo.

Ninguna cosa podía ser mas grata á sus virtuosos padres, los cuales no podían dejar á su hijo otra herencia que un buen fondo de virtud, dándole una cristiana educacion. Estando un dia el niño Guido en la aldea de Lacke, á media legua corta de Bruselas, entró en la iglesia del lugar, que estaba dedicada á la santísima Virgen, para hacer en ella oracion. Reparó el cura en aquel niño que habia mas de una hora estaba de rodillas delante del altar; y movido de la modestia, de la gravedad, respeto y compostura con que estaba encomendándose á Dios, le llamó, y tuvo con él un rato de conversacion. Admirado mucho mas de sus razones, que todas respiraban piedad y un juicio muy superior á sus años, se informó de sus feligreses, y entendiendo de ellos que su virtud correspondia perfectamente á su capacidad, le propuso si se quería quedar para servir en aquella iglesia. No le podía proponer cosa mas de su gusto, pues solo suspiraba por dedicarse al servicio de algun templo, y así admitió luego el partido con indecible consuelo. Aunque solo contaba Guido á la sazón doce ó catorce años, le hizo el cura guarda de la iglesia de nuestra Señora de Lacke; oficio que corresponde al de mozos de sacristía, que sirven á las órdenes de los sacristanes y mayordomos de iglesia, y en algunas parroquias se suelen llamar monaguillos. Era su obligacion barrer la iglesia, preparar los altares, doblar los ornamentos, cuidar de la ropa blanca de la sacristía, como tambien de los otros muebles pertenecientes á ella, tocar las campanas, llevar el caldero del agua bendita y la cruz cuando se lleva el Viático á los enfermos, y ayudar á las misas.

Por el asco, el buen orden y la puntualidad en todos estos ministerios exteriores se conocía fácilmente la pureza de su alma, y el concierto de sus arregladas costumbres. Decíase comunmente que el monaguillo daba á todos cuando menos tan buen ejemplo como los mismos clérigos. El tiempo que le dejaba libre su empleo le ocupaba en oracion, y al pié de algun altar descansaba de sus ocupaciones exteriores, pasando por lo comun en oracion todas las noches; y cuando el sueño le rendía, su cama era siempre el pavimento de la iglesia. Retratada vivamente su devocion en su semblante, la inspiraba á cuantos le veían. Aquella cara siempre risueña y apacible: sus ojos humildemente bajos, sin mirar jamás al rostro á mujer alguna: cierta religiosa modestia

que se notaba en él, y parecia mas que natural: un recogimiento interior en medio de las ocupaciones le hacia tan respetado del pueblo, como admirado de los mismos sacerdotes que servian aquella iglesia.

Era muy moderado el salario que le daban por su empleo; pero en medio de eso bastaba para las limosnas que hacia diariamente, porque ahorraba para ellas á costa de su continuo ayuno y de sus grandes abstinencias. A la verdad no parecia imaginable vida mas inocente que la de nuestro Guido, ni al mismo tiempo mas penitente y mas austera. Fuera de las vigiliass, que eran casi continuas, maceraba su cuerpo con ásperas penitencias que le sugería su amor á Jesucristo crucificado, ingenioso siempre en inventar arbitrios para mortificar los sentidos. Como á la delicadeza de conciencia se juntaba aquella grande penetracion de su despejado entendimiento, descubria en sí las mas mínimas imperfecciones, y todas las castigaba con el último rigor, borrándolas con un torrente de lágrimas. Veíasele muchas veces postrado delante del altar de la santísima Virgen, implorando su poderosa proteccion para conseguir el perdón de sus pecados. Pero esta penitente vida nunca se mezcló con la menor groseria, rusticidad, ni aspereza en el trato con los demás; antes bien enamoraba el modo dulce, apacible, atento y aun cortesano con que trataba á todo el mundo; y él mismo fué buena prueba de que la virtud domestica, cultiva, y aun pule los espíritus mas groseros.

Pero ninguna cosa igualaba á la caridad que mostraba con los pobres, en cuyo servicio empleaba ordinariamente todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones. Cierta mercader de Bruselas, enamorado de las admirables virtudes de Guido, y notando sobre todo su ardiente zelo por el alivio de los pobres, le armó un lazo en que cayó incautamente. Despues de manifestarle lo mucho que estimaba su virtud y la buena voluntad que profesaba á su persona; «quiero, le dijo, fomentar tu caritativa intencion, y ponerte en estado en que tengas con que satisfacer esa generosa caridad que te merecen los necesitados. No te ha dado Dios tanta inclinacion á la limosna para que los socorras solo con un triste bocado de pan. Cuantos mas bienes tengas con que socorrerlos, mas limosnas los harás; pero mientras tú seas tan pobre como ellos, todo ese tu caritativo zelo será tan ocioso como inútil. El oficio que has tomado se acomoda mal con la caridad que te abrasa: si me crees, presto tendrás con que sacar de miseria á tus padres, y con que hacer gruesas limosnas á los pobres. Deja esos trapos de mendigo: toma este paño para

hacerte un vestido mas decente con que no darás en rostro á la gente honrada y limpia; vente á mi casa, y entrarás de compañía en mi comercio.»

Como el pretesto era tan especioso y tan conforme á la piadosa inclinacion de Guido, no pudo oír la proposicion con indiferencia. Quizá seria buena la intencion del mercader; pero el pensamiento era un artificioso lazo del enemigo, en que cayó el incauto Guido no sin sobrada ligereza. Dejó un poco precipitadamente el oficio de guarda de la iglesia y se fué á Bruselas en seguimiento de su bienhechor; pero como Dios le habia permitido este desacierto solo para instruirle á costa suya, y para enseñarle que el espíritu propio es mala guia en los caminos del cielo, no le dejó largo tiempo en aquella ilusion con que habian sorprendido su inocente sencillez. Abrió presto los ojos para conocer el engaño, así por el mal suceso del negocio, como por el accidente que le sucedió, y fué como el principio de la larga penitencia que hizo para satisfacer á Dios por aquel desacierto. Bajando pocos dias despues por el rio en un barco cargado de su cuenta y de la de su amo el mercader, encalló tan fuertemente en un banco de arena, que estuvo á gran peligro de abrirse el buque. Hizo Guido tantos esfuerzos con una percha para salir de aquel riesgo, que se le tronchó el palo entre las manos, y se le introdujo tan profundamente un astillon por el brazo, que no fué posible extraerle. Abrió los ojos á vista de aquel desgraciado accidente; y conociendo toda la malignidad de su engaño, sin deliberar un punto salió de Bruselas, y se restituyó á Lacke, donde volvió á su antiguo oficio, no pensando ya en otra cosa que en borrar su pecado con lágrimas, con oracion, con ayunos y con las mas rigurosas penitencias. Pero como la herida podia ser estorbo á los ejercicios de su empleo, pidió con tanto fervor á la santísima Virgen que le sanase, y acompañó su oracion con tantas lágrimas, que se compadeció de él la Madre de misericordia; y antes que acabase la oracion salió por sí mismo el astillon sin causarle dolor alguno, quedando perfectamente sano.

Con la corta esperiencia que habia comenzado á tener del bullicio del mundo, creció tanto su fervor, que cuando volvió á Lacke pareció todavía mas santo que lo que era antes de su partida. Mientras tanto no se agotaba el manantial de sus lágrimas; y el concepto que formó de la enormidad de una falta que á cualquiera otro hubiera parecido muy ligera, hizo tanta impresion en su espíritu, que le pareció no podia satisfacer á la divina justicia, si para acabar la penitencia que deseaba hacer,

no emprendia la penosa peregrinacion á Roma y á la Tierra Santa. Habiéndose despedido del sacerdote que servia aquella parroquial tomó el camino de Roma, haciéndole á pié y mendigando todo el viaje. Despues de haber visitado en Roma el sepulcro de los santos Apóstoles, partió á Jerusalem donde visitó aquellos santos lugares, añadiendo penitencias voluntarias á las escesivas fatigas del camino, espuesto sin alivio á todos los rigores de la estacion, y nunca interrumpiendo su ayuno. Gastó siete años en estas trabajosas peregrinaciones; y volviendo á Roma, encontró en ella á Vondulfo, dean de la iglesia de Anderlecht, que acompañado de algunos amigos suyos iba á emprender el viaje de la Tierra Santa. Era Vondulfo un eclesiástico de extraordinaria virtud; y reconociendo la de nuestro Santo, le persuadió con sus instancias á que hiciese segunda vez en su compañía el viaje de Jerusalem: y Guido se rindió por pura caridad. Luego que los nuevos peregrinos cumplieron con su devocion, visitando los santos lugares, se sintieron acometidos de una enfermedad contagiosa. El primero que murió fué el santo dean, siguiéndole inmediatamente todos sus compañeros; y no es ponderable el cuidado y la caridad con que Guido los asistió en aquella última enfermedad. Estando el dean para morir, despues de haber dado á Guido muchas gracias por los grandes actos de caridad que habia ejercitado con todos, le declaró era la voluntad de Dios que se volviese á Flandes. Concluidos todos los oficios que correspondian con los difuntos, partió para Anderlecht, donde dió noticia de la muerte del dean. El vice-dean le detuvo en su casa por el consuelo de hospedar á un santo y por aprovecharse de sus ejemplos. No fué larga la mansion que hizo en ella; porque el Señor le dió á entender que le queria ya recompensar sus trabajos y premiar su penitencia. Preparóse para morir con sensible renovacion de su fervor, y con aumentar sus austeridades y rigores; hasta que hallándose una noche en oracion dentro de su cuarto, de repente quedó éste iluminado con una luz celestial, que le dejó mas claro que el mediodia, y al mismo tiempo se oyó una voz sobrenatural que decia: *Ven, siervo bueno y fiel, entra en el gozo del Señor que quiere ser tu recompensa*; y en el propio punto espiró á los 12 de setiembre del año de 1112.

Concurrió inmenso pueblo movido de la general opinion de su santidad; y los canónigos le hicieron un entierro con toda la pompa que merecia un Santo, cuya gloria manifestaba Dios con gran número de milagros. Algunos años despues se edificó una magnífica iglesia en honor suyo, trasladándose á ella con mucha

solemnidad el santo cuerpo, y allí es venerado el día de hoy con grande y continuo concurso del pueblo.

BEATO MIRON, CONFESOR.

EL bienaventurado siervo de Dios Miron, nació en la parroquia de Tagamanen, diócesis de Vich, en el principado de Cataluña. De poca edad todavía comenzó los estudios, en los cuales y en la virtud aprovechó tanto, que mereció ser promovido al sacerdocio. A medida que adelantaba en edad, crecía siempre mas su propósito de vivir en soledad. Trató de sus deseos con los monges benedictinos de Ripoll, y según el parecer de ellos, salió á ensayarse en esta vida por los desiertos de la ribera del Ter. Invocaba allí á Dios para que se sirviese indicarle sitio oportuno para sus fines, cuando entre unos bosques vió un templo, y un viejo que estaba sentado á su puerta. Acercóse á éste el siervo de Dios, y le preguntó qué edificio era aquél. Respondió el viejo, que era un monasterio de religiosos de S. Agustín los cuales no pensaban sino en salvarse. Llamábase este monasterio S. Juan de las Abadesas, fundado el año 887 por el conde Wifredo el Velloso, y el cual se dió á canónigos reglares de la orden de S. Agustín á principios del siglo xi. Pasados algunos dias, con aprobacion de toda la comunidad, le vistieron el hábito, y desde luego fué Miron espejo de santidad para todos los monges. Nunca jamás quiso empleo ú oficio en que tuviese que mandar á otros. Era puntual en el coro, fervoroso y largo en la oracion, severo y constante en la penitencia. A los tibios alentaba con sentencias muy vivas que salian de su corazon como brasas ardiendo, y mas con la práctica de las virtudes. De los pobres fué muy compasivo, lo cual es una de las muestras mas claras del amor de Dios. Murió santamente en su mismo monasterio el 12 de setiembre del año 1161. A su sepulcro acudian las gentes de aquella tierra con gran fe para ser socorridos en sus necesidades, estimulados de las maravillas que por su intercesion habia ya obrado el cielo. El año de 1345 día de S. Agustín fué elevado su sagrado cuerpo y colocado en un sepulcro hermosísimo de mármol, y allí permanecen sus reliquias espuestas á la veneracion pública. Es abogado contra el dolor de cabeza y muelas. (*Domenec.*)

BEATO JUBENCO, PRESBITERO.

EL beato Jubenco, presbítero y célebre poeta español, ascendió por los grados de su literatura y virtud á la dignidad

sacerdotal. Si en la segunda época de la poesia antigua, que es la de los poetas cristianos, ninguna nacion, dice el abate Lampillas, puede disputar el principado á España, por haber sido el primer poeta cristiano el español Jubenco, ¿quién por esta misma causa podrá negarle este principado al cielo, habiendo sido presbítero dicho poeta? «Entre los sagrados latinos, escribe Masdeu, el mas antiguo que tiene la Iglesia es Cayo, Vectio, Aquilino, Jubenco, presbítero español, de nobilísima familia, que escribió en versos exámetros la historia evangélica sin fuego poético, pero con estilo sencillo y muy latino;» dedicada á Constantino Magno. Compuso tambien un poema del incendio de Sodoma: otro sobre los sacramentos: varios himnos, y aun se le atribuye un compendio del Génesis en verso. S. Gelasio admira sus escritos, y hablan con elogio de él S. Jerónimo, Honorato de Autan, y todos los escritores eclesiásticos. Floreció por los años de 329, edificando la Iglesia con su ejemplar vida, é ilustrándola con su pluma. Lo insertan en el catálogo de los Santos Pedro de Natalibus, Tamayo y Marangoni.

La misa es de los difuntos, y la oracion la que sigue:

O Dios, Criador y Redentor de todos los fieles, conceded á las almas de todos vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que ob-

tengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdón que siempre esperaron de tí. Que vives y reinas, etc.

La Epistola es del cap. 14 del Apocalipsi.

En aquellos dias: Oí una voz del cielo, que me decia: Escríbe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor.

Desde ahora, les dice el espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

REFLEXIONES.

Mas que se viva en medio de la opulencia y del esplendor, ni el nacimiento, ni las riquezas, ni los honores, ni ninguna cosa nos liberta de las miserias de esta vida. Vivimos en un valle de lágrimas, y en él solo se rie á fuerza de artificio. La sentencia que condena los hombres al trabajo es universal; ninguno se exime de ella: ni las condiciones ni la edad dispensan á persona alguna. Derrámanse lágrimas, por decirlo así, antes que se esté